La primera vez que la vi, aquella mujer desconocida del autobús llamó poderosamente mi atención.

De mediana edad, había sido guapa, atractiva, y todavía conservaba esas singularidades. Ostentaba rasgos duros en su mirada y en el rictus de la cara.

Su vista permanecía fija y eterna sobre un libro, como espejo en el que buscara razones de las huellas en su rostro. Los encuentros fueron repitiéndose a lo largo de los meses, invariablemente con la cabeza hundida entre las líneas corridas del libro.

Mi curiosidad y el deseo de descifrar el jeroglífico de esa visión, me llevó a pedir a Inés, detective e hija de mi amigo Pedro, que investigara sobre su vida.

El informe decía:

Marta Laínez vive en el barrio de Delicias desde hace 39 años, cuando llegó del pueblo con Julio, su pareja. Tuvieron una hija al año de estar en la ciudad. A los cinco, la abandona y la deja con Carmen, su pequeña. En los años que siguen, tiene diferentes trabajos hasta que logra plaza definitiva como Auxiliar de Enfermería en un hospital.

Carmen sufre un accidente a los 18 años y su vida pende de un hilo durante semanas. Queda inmóvil, respirando y hablando con dificultad.

Marta la visita diariamente para procurarle cariño y cuidados. Entre trabajo, cuidados y desplazamientos no dejan margen para más vida. En los trayectos largos puede dedicarse a la lectura que le transporta a otro mundo de ficción.

Carmen se apaga y su muerte llena de tristeza, decaimiento y melancolía la existencia de Marta.

Tras la jubilación se embarca horas en el autobús ciudadano. La lectura le genera paz, consuelo y una vida menos ingrata.

Quedo consternado.

Pero sé que a partir de mañana subiré en autobús, me aproximaré e indagaré qué libro está leyendo.

ACERCAMIENTO Y EMPATÍA